

TUS CUATRO DESEOS



# TUS CUATRO *deseos*

DAVINIA PALACIOS



© 2018, Davinia Palacios

*Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:*  
Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

Depósito legal: GI 1476-2018

Toda esta historia sale de la imaginación de la autora, siendo casualidad cualquier parecido con la realidad.

Los personajes, así como sus nombres y poblaciones han sido inventados.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Soy el amo de mi destino.  
Soy el capitán de mi alma.  
(Nelson Mandela)*

*A mis amores* 

# Índice

|                          |     |
|--------------------------|-----|
| PRÓLOGO .....            | 11  |
| DE VIAJE.....            | 19  |
| SANTA CLAUS.....         | 27  |
| RANCHO COOPER.....       | 41  |
| TYLER .....              | 53  |
| PRIMER DÍA .....         | 65  |
| BROMA POR BROMA.....     | 75  |
| QUERIENDO.....           | 93  |
| PRIMER DESEO.....        | 107 |
| FIEBRE .....             | 117 |
| SANGRE.....              | 135 |
| REVELACIONES .....       | 155 |
| NO ES LO QUE PARECE..... | 171 |
| DÍA UNO.....             | 183 |
| SEGUNDO DESEO .....      | 193 |
| PASO ATRÁS.....          | 205 |
| CABALLOS.....            | 219 |
| OTRA VEZ .....           | 229 |
| CALMA .....              | 239 |

|                                          |     |
|------------------------------------------|-----|
| HA SIDO UN PLACER .....                  | 257 |
| SALVAJE ANIMAL.....                      | 269 |
| VALIENTE .....                           | 285 |
| LA RISA TONTA.....                       | 295 |
| EN MITAD DE LA NOCHE .....               | 309 |
| DESPERTAR.....                           | 325 |
| ATRAPADOS.....                           | 339 |
| PRIMAVERA .....                          | 357 |
| DESASTROSA.....                          | 373 |
| EN EL LAGO .....                         | 391 |
| SECRETO DESVELADO.....                   | 405 |
| COMPROMETIDOS .....                      | 425 |
| TUS CUATRO DESEOS .....                  | 439 |
| LA EXCEPCIÓN QUE CONFIRMA LA REGLA ..... | 455 |
| ROTA .....                               | 469 |
| EPÍLOGO .....                            | 481 |
| PLAYLIST .....                           | 491 |
| AGRADECIMIENTOS .....                    | 493 |
| OPINIONES Y PEDIDOS: .....               | 495 |
| SOBRE MÍ .....                           | 497 |



*Tres meses antes de Navidad.*

—Me parece genial, Brad. Nos vemos en un rato. Un beso.

Cuelga y yo empiezo a prepararme para una cena romántica con mi chico. Esta noche le enseñaré las flores que hemos escogido entre su madre, la mía y yo misma, para adornar el restaurante y la iglesia. Espero que le gusten tanto como a mí.

Contesto el mensaje que me ha enviado Mary, preguntándome si iré a verlas estas navidades. Hace años que no veo a mis mejores amigas, así que antes de convertirme en la señora de Brad Stance iré una semanita a la ciudad en la que me crié. Sé que después tendré muchas obligaciones y deberé estar a la altura del cargo de mi marido. Su padre es el gobernador y él quiere seguir sus pasos. Por ahora es el juez más joven del estado. Pero para mí lo que más valor tiene es que es un buen hombre, respetable, leal, cariñoso y tradicional.

Me da seguridad. Y a mi madre también. Es algo que siempre la ha preocupado, que acabara con un mal hombre o sola por la vida. Pero Brad cumple todas las expectativas.

A veces me pregunto si las mías o las de mi madre.

Me pongo el sencillo y discreto vestido negro con escote de barco y los zapatos de salón de cinco centímetros. No puedo aparecer más alta que Brad en las fotos. Siempre según el criterio de mi madre y de la suya. Él dice que no le importa. Pero yo sé que también prefiere que sea así.

En poco más de una hora estoy esperando en la mesa del precioso, y caro, restaurante, a que llegue mi prometido. Lo cierto es que a mí todo este postín me sobra, pero según parece, debo acostumbrarme a todo esto. Yo sería feliz con una hamburguesa grasienta y unas patatas fritas con mayonesa.

El maître me acompaña a la mesa. Es viernes y el restaurante está prácticamente lleno.

Tras ofrecerme una copa de vino blanco, se marcha y me quedo sola unos instantes.

Enseguida aparece Brad. Llevamos saliendo tres años, desde que él acabó los estudios y su carrera ascendió como la espuma. Lleva su perfecto pelo rubio bien peinado, con una casi imperceptible raya a la izquierda y sus gafas de montura al aire perfectamente limpias.

Sigue teniendo ese caminar de chico inocente. Es tan adorable.

—Estás preciosa, Valerie. —Me da un beso casto en los labios.

—Tú también estás muy guapo.

Me sonrío pero creo que está nervioso por algo, mira sin parar a nuestro alrededor.

—¿Todo bien en el trabajo? —pregunto.

—Sí, perfecto. Al final hemos llegado a un acuerdo con el fiscal y el caso está cerrado.

—Me alegro de que todo haya acabado bien. Cambiando de tema, tengo algo que enseñarte.

Estoy tan contenta por ir avanzando con los preparativos de la boda.

Meto la mano en mi pequeño bolso y saco mi teléfono móvil para enseñarle las fotos de las flores que hemos escogido.

En ese momento aparece el maître pero, para mi asombro, Brad le dice que se marche.

Levanto la mirada mientras coloco el teléfono sobre la mesa y lo desbloqueo para poder mostrarle las imágenes. Estoy tan emocionada por nuestra boda que sonrío sin parar. Apenas faltan seis meses para nuestro enlace.

—Esta tarde hemos estado en la floristería y mira qué preciosidad de flores hemos visto. Estas son mis preferidas, tanto mi madre como la tuya prefieren estas otras pero, míralas ¿qué te parecen? ¿a que son preciosas?

—Soy gay.

Miro a nuestro alrededor creyendo que esas palabras han salido de la boca de alguno de los comensales que están cerca de nosotros.

En un momento nuestros ojos se cruzan y veo como está aguantando la respiración.

Lo miro, esperando a ver si vuelve a decirme algo, o me lo he imaginado.

—Soy gay, Valerie.

—¿Qué quieres decir con que eres gay? ¿Desde cuándo eres gay?

Un extraño escalofrío me atraviesa entera mientras espero su respuesta y repito mis preguntas mentalmente.

—Desde hace ocho años.

Imágenes nuestras rebotan en mi mente.

Sus besos, siempre tan tiernos, nunca han sido profundos; sus manos, que nunca han bajado de mi cintura; sus artimañas por frenarme cada vez que he querido hacerlo con él. Nunca ha querido tener sexo conmigo. En estos tres años yo me moría de ganas y él no ha querido ni tocarme. Y lo peor de todo es lo mal que me han hecho sentir.

—Ocho años. ¿Es por eso por lo que nunca has querido mantener relaciones íntimas conmigo? —pregunto, todavía sonriendo, y lo cierto es que no sé que pinta esa tonta sonrisa en mi cara. Creo que me está gastando una broma. O que lo estoy soñando.

—Valerie, siento hacerte daño. Creía que te habías dado cuenta. Lo cierto es que eso ya da igual, no puedo seguir con esta farsa. Te aprecio muchísimo, eres una persona maravillosa y no quiero hacerte infeliz el resto de tu vida.

Lo miro perpleja.

En ese momento parece que todas las piezas del puzzle encajan. Todo ha sido una patraña, y lo peor de todo son las mentiras tras mentiras que he ido creyéndome como una ingenua niña de pueblo.

Su mano de piel suave y uñas cuidadas coge la mía y la aparta del teléfono móvil.

—Val, en serio no sé cómo he podido llegar tan lejos. De veras siento que todo este sueño para ti se desmorone así, de repente. No soportaba la idea de seguir engañándote.

—Vaya, muy considerado por tu parte. Tal vez me lo podrías haber dicho el día que nos besamos por primera vez, o aquel otro día en el que viniste a buscarme a la salida del trabajo, un día tras otro. Incluso hace un año, antes de pedirme matrimonio hubiera estado genial que me dijeras algo como «lo siento Valerie, lo nuestro es imposible, soy gay». ¿Sabes que no es un delito serlo, verdad?

Me mira asombrado porque no haya levantado en ningún momento el tono de voz y no haya soltado ni una sola lágrima.

—Por supuesto que lo sé. El único problema son mis padres.

—Bueno, supongo que a eso deberás enfrentarte tú solito, Brad. Creo que es hora de que me vaya a casa.

Antes de levantarme, me quito el diamante que llevo en mi dedo anular izquierdo y lo dejo con mucho cuidado sobre la mesa, cerca de su mano.

—Valerie, por favor, siéntate. No te marches así. Y este anillo es tuyo, puedes quedártelo; guárdalo o véndelo, lo que quieras.

Ahora sí que lo miro asombrada. Me remuevo nerviosa en la silla y miro a mi alrededor, como todas esas personas no advierten el dolor que siento por dentro, siguen cenando tranquilamente con sus amigos, familia, parejas.

—Tengo que pedirte un último favor.

Asiento y lo miro a los ojos, esos ojos marrones que siempre han sido tan amables. Amables, no amorosos. No sé qué favor puedo hacerle yo a él.

—Verás, no te pediría esto si no fuese imprescindible pero, me temo que no me queda otra opción.

—No sé en qué puedo serte de ayuda, la verdad.

—Necesito que no le cuentes a nadie nada de esto, nada de mi situación.

—Oh, por favor, Brad. Creía que me conocías más que esto, ¿crees en serio que iría a la prensa sensacionalista a contarles tus preferencias sexuales?

—Por supuesto que no, Val. Sé que no serías capaz de hacer algo así. Me refiero a nadie. Ni amigas, ni padres...

—¿Padres? Entonces ¿qué crees que debo explicarles sobre la anulación de nuestra boda? ¿Qué crees que pensarán mi madre y la tuya? ¿No crees que querrán saber el motivo?

Se afloja el nudo de la corbata y mira nervioso su reloj Rolex.

—Ese es el último favor que voy a pedirte, Val, de veras. Espero que no me odies por esto pero necesito que hagas ver que tú has sido la que ha roto el compromiso. Puedes alegar cualquier cosa en tu defensa, lo que sea menos la realidad.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Echarme yo la culpa? —siento que la sangre ha abandonado mi torrente sanguíneo.

—Yo confirmaría tus motivos, puedes decir que no soy bueno en la cama; que me has visto tontear con la secretaria; que ya no me quieres... lo que sea menos el verdadero motivo.

—No podría decir que no eres bueno en la cama, sencillamente porque no lo sé. Entre tú y mi madre os habéis encargado

de mantenerme intacta hasta el día de la boda. Prefieres que diga cualquiera de esas mentiras a afrontar tu realidad. Sales de una mentira para seguir con otra, la bola de nieve se hará enorme y te aplastará por el camino, Brad. Pero está bien, lo haré. Ahora quiero marcharme.

Con un acopio monumental de fuerzas, me levanto, con toda la tranquilidad que soy capaz de mantener, pero al hacerlo mi mano tiembla y le doy un pequeño golpe a la copa de vino blanco haciendo que esta caiga estrepitosamente al suelo, rompiendo la copa y mojándome los pies con el líquido.

Brad se levanta, cogiendo mi chaqueta y mi bolso.

—No se preocupe, señorita. Ahora mismo lo limpiamos. — Comenta un camarero que pasaba por nuestra mesa en ese momento.

Me lleva a casa en su flamante coche nuevo. Durante todo el camino voy mirando por la ventanilla del coche, sin ver nada más allá de las gotas de lluvia que se deslizan por el cristal. El olor a manzana del ambientador me produce náuseas.

Con dos palabras ha cambiado todo mi futuro inmediato y más cercano. Supongo que en algún momento saldré de este estado de shock en el que me encuentro.

—Gracias por todo —Brad me besa la mano antes de que baje de su coche y de su vida, para siempre.

Recorro el pequeño camino de la entrada de mi casa, y por fin dejo escapar las lágrimas que se llevan mi delicado maquillaje.

*Un mes antes de Navidad.*

Cada día estoy más segura de qué es lo que debo hacer.

Es lo mejor. Seguir en este pequeño pueblo no va a hacerme ningún bien. Es más, está haciéndome mal.

Mi madre se tomó fatal *mi decisión* de cortar con Brad. Aaron no dijo nada, como siempre, él no dice nada a no ser que tenga

que ver con su empresa, para la cual trabajo. En ese caso sí me da las indicaciones que considere necesarias, pero nada más, el papel de padre únicamente lo ejerce con mis dos hermanas pequeñas, que sí son sus hijas. Creo que eso debo agradecerse. Pero mi madre, aquella noche al entrar en casa ya se enteró de todo, cuando entré por la puerta y no le contesté sobre qué le habían parecido las flores a Brad. El hecho de que estuviera llorando no le importó demasiado. Pareció dolerle más perder a Brad que si me hubiera perdido a mí, y eso que su hija soy yo.

Desde que no estoy con Brad me he dado cuenta de que el sentimiento que tenía por él en realidad no era el que yo creía. Todos estos días sola me han servido para reflexionar y saber que ha sido muy valiente en decirme la verdad y en liberarme del compromiso que nos unía porque, siendo sincera conmigo misma, después del dolor inicial por la pérdida y por tener que adaptarme a la nueva realidad, he conseguido que vuelva a salir mi yo de verdad, la Valerie de antes de Brad.

Aquella chica que salía a divertirse; que se pintaba los labios con el color rojo más intenso; que le daba igual que su pelo no tuviera el mejor de los alisados porque, sí, mi pelo rizado y salvaje como el de la princesa Merida, es genial tal cual. Mi verdadero yo ha vuelto aunque a mi madre no le guste verme así. Por no hablar de los padres de Brad, que han dejado de hablarnos, a mi madre y a Aaron incluidos, y les han cerrado puertas en su círculo de amigos. He ahí la familiaridad y el cariño tan sincero que decían tenernos. No somos gente de su círculo y, sinceramente, menos mal. ¿Quién quiere enemigos con amigos así?

Quiero un hombre que me haga sentir mujer, que me ame y me quiera tal y como soy, no una versión corregida y políticamente correcta. Quiero ser libre para sentir y para vivir mi vida.

Las chicas, Mary y Olivia, están cerca de mí aunque nos separen casi seiscientos kilómetros. Nuestra relación no ha sido

distante ni mala nunca y ellas saben estar a mi lado aunque no puedan tocarme.

Si todo sale bien, en poco tiempo podré darle un giro a mi vida, uno que me devuelva lo que necesito y me permita vivir mi vida como a mí me parezca.

—No entiendo por qué sigues usando esas gafas que ya no necesitas. Estabas preciosa sin ellas, para eso te operaste. Por Dios, Valerie, así no encontrarás a un hombre respetable, con ese color de labios que dice ...

—¿Qué dice, mamá? Yo te diré lo que dice, que a mí siempre me ha gustado el color rojo y que nadie va a prohibirme que me pinte los labios del color que a mí me dé la real gana. —Gira la cara y vuelve a la cocina mientras replica en voz baja.

Estoy harta de su intenso control, de que intente hacerme a su imagen y semejanza, a querer que consiga todo lo que a ella le hubiera gustado conseguir.

Salgo de casa para ir a trabajar, la brisa fresca de primera hora me humedece la cara y el aire agita mi pelo. Es la mejor sensación del mundo.



*B*ueno, creo que ya lo tengo todo.

Reviso una vez más la maleta, la bolsa de mano y pongo mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Está todo. Todo lo que puedo llevarme.

Antes de salir de la que ha sido mi habitación los últimos diez años, me recreo una última vez mirando las fotos que tengo colgadas en el corcho de la pared, sobre el escritorio; la colcha de patchwork perfecta que me compró mamá aquellas navidades, quise hacer la mía propia y fue un desastre, así que ella me regaló una; el antiguo ordenador de sobremesa, con esa horrible pantalla que por poco me deja ciega; el espejo vertical que hay justo al lado de la cómoda, ahora tendré que conformarme con el espejo que haya en mi nueva habitación.

Me echo la mochila al hombro, cojo la maleta y salgo, cerrando la puerta con cuidado. Empezando a dejar atrás una parte importante de mi vida.

Pero la que viene será mejor, no tengo ninguna duda.

Bueno, la verdad es que sí tengo dudas.

Algunas.

Bastantes.

Vale, muchas. Pero si quiero saber cómo va a salir esto, tengo que tirar para adelante y continuar.

Voy bajando las escaleras, giro en el recodo y sé que el siguiente escalón es el que cruje si lo pisas más hacia la izquierda a si lo haces por el centro. La moqueta está algo rota dos escalones más abajo, y por último, hay una pequeña rotura en el pasador de madera que, si te despistas y aprietas mucho, puede hacerte un pequeño corte.

El olor a tortitas es inmediato conforme piso el suelo de madera del recibidor. Mi madre se ha escondido en la cocina para no verme sacar mis cosas de casa. Sé que no va a ayudarme. No importa.

Camino bajo la suave lluvia hasta llegar a mi camioneta.

Es bastante vieja pero está muy bien de chapa y pintura. Y de motor también. Por lo menos eso me aseguró Aaron, mi padrastro, y también el vendedor de mi furgoneta.

Finalmente vendí la alianza de Brad, se había gastado una pasta, y con el dinero que me dieron voy a poder empezar una nueva vida lejos de aquí.

Abro la puerta trasera y dejo la maleta y la bolsa de deporte, donde llevo casi todas mis pertenencias.

Sacudo los hombros para desprenderme de la leve llovizna que empieza a calar el jersey de lana que me cubre. Ahora solo me queda despedirme de mi familia.

Con una sonrisa en la cara entro de nuevo en casa, vuelve a rodearme el olor a tortitas recién hechas y los gritos de mis hermanas perforan mis oídos.

Me acerco al marco de la puerta y veo a mi madre, de espaldas a mí, con las manos apoyadas sobre la encimera y mirando la bandeja de galletas que acaba de sacar del horno.

—¿No piensas desayunar antes de irte? —pregunta sin girarse.

Tiene el pelo recogido en una coleta suelta y el delantal que suele utilizar siempre está algo manchado de harina y glaseado.

—Me llevaré un par de galletas para el camino.

Sigue enfadada conmigo. Se le pasará. Seguro. No le queda otra.

Cojo un tenedor del cajón y troceo una tortita recubierta de sirope de arce.

Dios, está realmente deliciosa. Mamá ha mejorado mucho en la cocina desde que le enseñé la receta.

Me acerco a ella y en ese momento entran las niñas a la cocina.

—¿Ya te marchas, Val? —pregunta Zoe.

—*Sips* —le sonrío—. Pero nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

Las abrazo y ellas me rodean la cintura, discutiendo por cuál de las dos es la que más está abrazándome.

Les coloco bien los lazos de sus coletas y les doy un beso en la mejilla a cada una.

—Dejad que os limpie la marca del pintalabios.

Ambas sonríen.

—Haced caso a mami.

—Sí, no hagáis como vuestra hermana mayor. —Dice ella cargada de resentimiento.

—Mamá, creía que ya lo habías asimilado. No voy a quedarme. Ya está todo decidido.

—Ya lo has decidido tú, querrás decir.

—Mamá, de verdad, tengo veintidós años, no creo que debamos seguir discutiendo sobre esto. Es mi vida.

—Pero es tu futuro. No puedes tirarlo así por la borda.

Niego con la cabeza a sabiendas de que no va a cambiar su discurso pesimista ni en el último momento.

—Mamá, ya está bien. Deberías alegrarte por tu hija, voy a trabajar, a ganarme la vida, a crecer como persona. Necesito este cambio en mi vida, no puedo seguir en este pueblo de...

—Mierda —interrumpe Jess, mi otra hermana, gemela de Zoe.

—¡Jess! —gritamos mi madre y yo a la vez.

—Bueno, ¿vas a darme un beso? —pregunto mirándola.

—Valerie, piénsalo bien, quédate. Todavía puedes estudiar y...quizá Brad te perdone.

Maldita sea, siempre va a decir lo mismo.

—¿Y de qué te ha servido a ti estudiar, mamá? ¿Tu estupenda carrera ha evitado que fueras madre soltera a los veintiocho años? No, mamá. No vas a convencerme con esa historia de siempre. No voy a ser más desgraciada porque no acabara mis estudios universitarios, mamá. Tener una carrera no garantiza que vaya ser feliz el resto de mi vida. Ni casarme con un hombre que no me ama y que no amo, tampoco. Si es así como quieres que nos despidamos, así será.

Me giro, aguantándome las lágrimas y voy, por última vez, hacia la puerta de salida.

La lluvia ha cesado, mejor, no me gusta conducir mientras llueve.

Abro la puerta de la camioneta e, inconscientemente, lo hago casi a cámara lenta, deseando que mi madre salga a desearme buena suerte y me dé un beso y un abrazo.

Pero no lo hace. Sé que no lo va a hacer.

Así que, subo al sillón del conductor y arranco el motor. La calefacción empieza a salir por las rejillas y el vaho del cristal empieza a deshacerse. El frío tardará algo más en dejar de notarse.

Al igual que este gusto amargo en la boca.

Me froto las manos, enciendo la radio y la voz de Adam Levine empieza a sonar con *Whats lover do*, y como una tonta, empiezo a mover la cabeza al ritmo de la música.

Conecto el cable usb al reproductor de música y selecciono el último cd de Maroon 5, ¿qué mejor compañía que ellos para este viaje?

Y así empieza este cambio de vida. Cinco horas en coche hasta mi nuevo destino. Las lágrimas ya se han borrado, la sonrisa vuelve a aparecer en mi rostro y la ilusión por este cambio me ayudan a seguir hacia mi destino.

Cuando llevo recorrido la mitad del camino recibo una llamada de Mary.

—¿Dónde está mi pelirroja preferida? —pregunta con un grito de entusiasmo.

Me hace reír.

—Pues todavía me quedan un par de horas para llegar, aunque quizá sea algo más, voy a desviarme para recoger un café y algo de comer. He salido de casa sin desayunar.

—¿Se ha enfadado, cierto?

—No es nada que no esperase ya. No entiende que es mi vida.

—Ya se le pasará.

—Sí, eso mismo le he dicho. Pero ya sabes como es.

—¿Y Aaron, qué te ha dicho?

—No estaba en casa. Trabaja los sábados por la mañana, por lo visto últimamente hay muchas ventas. Pero supongo que a él le da lo mismo.

—Conduce con cuidado y no corras. El tiempo está bastante mal llegando aquí.

—No te preocupes, soy la mejor conductora que hay sobre la faz de la tierra—sonríó imaginándome disfrazada como un Super Mario Bros sobre su coche de carreras.

—¿Sabes que lo vamos a pasar genial, verdad? —pregunta ilusionada.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y que todo va a ir bien?

—¡Desde luego!

—Pues aquí te esperamos. Nos vemos en un rato.

Nos despedimos mientras yo tomo la salida para ir hacia la estación de servicio más cercana.

Después de rellenar el depósito de gasolina y tomarme un sandwich de salmón y crema de cacahuete, vuelvo a la interestatal y sigo con mi viaje.

Hoy es sábado y el tránsito es mucho más fluido que entre semana, con todos esos camiones y coches particulares dirigiéndose a sus puestos de trabajo.

La próxima semana tendré una entrevista de trabajo. Los dueños del hotel rural son amigos de los padres de Mary, aunque ella no los conoce personalmente, dice que son muy buena gente y que me haré pronto con el trabajo. Si consigo que me den el puesto, claro.

El alojamiento también estará incluido en el sueldo, a fin de cuentas, lo mismo daría pagar por una habitación, de esta manera lo tengo todo allí mismo.

El rancho está algo distanciado de la ciudad que es donde viven Mary y Olivia, mis mejores amigas. Antes vivíamos muy cerca, en la ciudad, pero mi madre decidió que nos mudaríamos cuando conoció a Aaron, sin pensar por un momento en lo que quería yo.

No he vivido mal con ella, Aaron y las niñas, pero ese pueblo se me quedó pequeño desde que cumplí los quince años. Diga lo que diga mi madre, tener una carrera no iba a retenerme en ese lugar. Como tampoco iba a garantizarme mejor vida. Ella es un claro ejemplo de eso. Y después de lo de Brad, no había ningún motivo que me retuviera ahí. Mi madre sigue creyendo que si no eres apta para estudiar, lo único que te queda en la vida es cazar a un millonario y que te solucione la vida. Y por lo visto, yo no sirvo para ninguna de las dos cosas.

No podía soportar más la cara con la que me miraban todas esas amistades que se supone que tenía por estar con él.

Sé que mi vida habría sido muy acomodada estando con Brad, pero no de la manera en la que hubiera sido vivirla con él. Con un hombre que no me amase y siempre viviendo en una mentira.

Lo cierto es que me apena que Brad tenga que seguir aguantándolos a todos. El día que se decida a salir del armario seguro que será más feliz, aunque muy posiblemente, sea con gente diferente a la que tiene ahora por amigos.

Me miro en el espejo retrovisor y me doy cuenta de que la humedad de antes ha hecho que se me encrespe el pelo, ahora mismo parezco una zanahoria despeinada.

Por fin veo el cartel que me informa que a tan solo treinta kilómetros está mi ciudad de destino, Saint John. Suspiro, no sé si por alivio, nervios, ansia o una mezcla de las tres.

Soy una mujer adulta, tengo que hacer mi vida, recorriendo mi propio camino, equivocándome y aprendiendo yo misma, sin estar siempre bajo la visión de una madre controladora, aunque no muy cariñosa, ni un novio de postín.

Media hora después, más de cuarenta canciones desde que inicié mi viaje, llego a la puerta de la casa de Mary, si es que la app de Mapas no se ha equivocado y me ha llevado hasta otro sitio.

Aparco justo delante de la gran casa donde Mary vive con sus padres. Estos primeros días los pasaré aquí con ellos. Han sido muy amables, invitándome a quedarme tanto tiempo como necesite en caso de que no consiga el trabajo o que no me guste la habitación que me ofrezcan allí.

Tengo ganas de conocer más sobre este lugar. Todo ha cambiado mucho desde que me fui hace ya más de diez años.



*M*ary ya está esperándome y antes de que toque el timbre de su casa sale disparada por la puerta para recibirme y ayudarme con las maletas. Las dejo en el suelo y abro los brazos para darle un achuchón.

— ¡Ay! ¡Qué ganas locas tenía de verte!

Está guapísima, como siempre.

— Si llego a saber que estás tan guapa, habría venido en traje de gala. Así no vamos a salir juntas de fiesta, o ningún hombre se acercará hasta mí estando tú presente.

Reímos. Todo este tiempo sin vernos no ha hecho más que ampliar el cariño que siempre nos tuvimos y la amistad ha ido en aumento a la misma velocidad que nosotras.

— ¿Qué te ha pasado en el pelo? — pregunta.

— Me ha llovido encima. Ya sabes... el tiempo no es como aquí.

— Pero si aquí hace un frío de la leche. — Se queja.

— Sí, pero no hay humedad. Es un punto a favor, sobre todo si tienes un pelo desastroso como el mío.

— No digas tonterías. Pasa dentro antes de que salga mi madre a buscarnos. Está cocinando para todo un regimiento. Si le

digo que el chico que conocí el otro día está a punto de alistarse... me mata.

—No le des esos sustos a tu pobre madre. —Reímos.

Cojo la bolsa de mano mientras Mary entra mi maleta.

Su madre nos espera en la amplia cocina.

—Oh, Valerie, querida. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, señora Perkins, no me ha llevado mucho más de cuatro horas. Gracias por su hospitalidad.

—Oh, no digas tonterías. Y llámame Emma. Teníamos muchas ganas de volver a verte. Eras tan pequeñas cuando venías a casa y hacíamos aquellas galletas que tanto te gustaban.

Lo recuerdo bien. Todas las tardes las pasaba en su casa. Mi madre trabajaba doce horas y no podía recogerme hasta las siete de la tarde. Así que la buena de Emma nos recogía a Mary y a mí y nos entretenía haciendo galletas, nos ayudaba con los deberes y muchas veces hasta me daba de cenar y me bañaba. Creo que fue con ella con quien empecé a cogerle el gusto a cocinar y a estar en la cocina trajinando.

—Te he preparado la habitación de invitados, pero supongo que preferiréis dormir juntas. —Dice alzando las cejas al techo.

Como nos conoce.

—Mamá, después de todo este tiempo, ¿no pretenderás que durmamos separadas? Tenemos muchas cosas que contarnos.

—Vosotras mismas, ya sois grandecitas para que yo os ande dirigiendo.

Subimos las escaleras cargadas con la maleta y la bolsa de deporte.

—Esto lo podemos dejar en la habitación de invitados, ya sabes que en mi armario no hay mucho sitio libre.

—Perfecto. Aparte, depende de lo que me digan el lunes en la entrevista no tardaré en mudarme de nuevo. Prefiero dejar las cosas menos necesarias en la maleta y no estar colocando para después volver a recoger y hacer la mudanza de nuevo.

—¿Te lo has traído todo?

—No. He dejado algo de ropa en casa de mi madre, no me cabía todo. Espero no tener que volver con el rabo entre las piernas.

Es algo que me asusta. No superar esta prueba que me he impuesto a mí misma.

—Deja de pensar así, tú eres la persona más positiva que conozco, así que, ya sabes. El trabajo va a ser la hostia de bueno y vas a cobrar un pastón y te va a ir de lujo.

Asiento creyéndome yo misma lo que me dice mi mejor amiga. Tiene razón. Todo va a salir bien.

—Ahora cuéntame. ¿Quién es ese futuro soldado?

—¡Oh! Creo que es el padre de mis futuros hijos. —Exagera.

—¡No! ¿Lo dices en serio? ¿tan colada estás ya?

—Ay, Val, si lo vieras. Es tan guapo, tan alto, tan macho...

—Está bien, lo pillo. No me digas nada más, hace mucho que no sé lo que es tener una relación.

—Oh, nena. Lo siento. No he pensado en lo tuyo con Brad. ¿Habéis vuelto a hablar?

—Sí, hace pocos días le envié la felicitación navideña. Una caja con cosas tuyas que todavía rondaban por casa. No, en serio, bien. Nos vimos hace unas semanas y tomamos un café. Después del chasco y el dolor inicial.

—¡Oh, Val! Cariño, estoy segura de que actuaste mucho mejor de como habría actuado yo misma si me entero, después de tres años de relación, que mi prometido es gay. Hay libertad para estas cosas, debería habértelo dicho hace mucho tiempo.

—En fin, la verdad es que después del mal trago, viéndolo desde la distancia, se lo agradezco. No creo que hubiera sido capaz de continuar con el tema de la boda. Supongo que inconscientemente yo misma me daba cuenta de que algo no iba bien y solo le tenía cariño, no lo amaba como deberían amarse dos personas que quieren compartir toda una vida. Ahora soy libre para acostarme con quien me dé la gana y cuando me dé la gana.

—Dejémonos de penas. A partir de ahora vas a ligar con todo aquel que te guste. Menos mal que esto no es el pueblo arcaico y religioso en el que has estado viviendo. Aquí disfrutamos de algo llamado libre albedrío.

—¿En serio has dicho eso, Mary?

—Ya me has oído. Y vas a empezar esta noche. A las siete viene Olivia y el taxi vendrá unos minutos después a recogernos. Esta noche no podremos conducir ninguna de las tres.

—Miedo me dais las dos.

—Nenita, empiezas a trabajar la semana que viene. Sí, no me mires así, empiezas a trabajar y vas a pasar fin de año currando hasta que ya sea año nuevo. Así que hoy, Nochebuena, lo vamos a pasar tan bien que no te hará falta celebrar fin de año porque aún estaremos cansadas de la fiesta de hoy.

Reírme con Mary es la mejor terapia para este día de cambios radicales. Hacía mucho que no me reía así y lo necesitaba con urgencia. Desde luego nuestras charlas por teléfono y las video llamadas no son mejores que tenerlas a ellas aquí conmigo. Sobre todo a Mary, siempre hemos sido como hermanas.

Después de una ducha reparadora, de estirarme el pelo con las planchas y de estar listas para matar, en sentido figurado, se entiende, salimos al encuentro de Olivia que ya está tocando el claxon de forma continua.

—Mary, por favor, dile a Olivia que no somos sordos, que deje de molestar al vecindario. Esta chica nunca crecerá. —Se queja Emma.

—Mamá, por algo la llamamos Peter Pan.

—Pasadlo bien y tened cuidado.

El frío de aquí es casi glacial. Me he puesto un vestido de lana ajustado, con un cinturón de piel negro, las botas altas y la chupa de cuero del mismo color que mis labios, roja.

Olivia sale del coche para saludarme y me envuelve en un cálido abrazo.

—No recordaba lo alta que eras. A tu lado parezco la zanahoria más pequeña de todo el huerto. —Le digo sin dejar de mirarlo alta y guapa que es.

Es alta y esbelta, tiene cuerpo de modelo pero con curvas. No como yo, que tengo cuerpo de pera. Pero oye, ¿y lo ricos que están las peras? Pues eso.

—Valerie, eres la zanahoria más buenorra de todo el condado. Me tienes que decir donde consigues esa barra de labios. Te queda espectacular. Vas a volver locos a todos los tíos de la ciudad.

Hago ver que le planto un beso en la mejilla para dejarle la marca de mis labios.

—¿Adónde me vais a llevar? Tengo ganas de pasar mi primer día aquí de una manera inolvidable.

—Nenita, esta noche no la vas a olvidar en muuuucho tiempo. Tus amigas estamos aquí para esto y mucho más. No vas a pensar más en tu madre, ni en Brad, ni en nada que no sea el sabor de la copa que te quieras tomar o con cual de los tíos de la sala decidirás irte.

No podemos parar de reír, y eso que todavía no nos hemos emborrachado. Algún día tenía que ser el primero, y creo que este es tan bueno como cualquier otro.

El taxi aparece al fin y nos subimos las tres en la parte trasera.

—Al centro Diamonds, por favor.

—Ese es el nuevo centro comercial que han inaugurado, ¿verdad? —pregunto.

—El mismo, es tan grande que al principio puedes hasta perderte. El padre de Micke me contó que durante la primera semana se perdieron cinco personas, no conseguían salir del aparcamiento.

—¡No puede ser cierto! —exclamo.

—Mary, no puedes creerte todo lo que te explica ese hombre, sabes que siempre ha sido un exagerado.

—Bueno, es el ayudante del sheriff. —Replica Mary intentado defender su comentario.

—Valerie, ni una palabra. —Hace un gesto con los dedos como si cerrara la cremallera delante de su boca.

Veinte minutos, quince pitidos de claxon, dos gritos y algunas confidencias después, llegamos al mega centro comercial de la ciudad. La entrada está colapsada de personas cargando con montones de bolsas de regalos navideños. Mañana es un día muy bonito, sobre todo para los peques. Estoy agradecida de que Aaron no decidiera nunca disfrazarse para sorprender a mis hermanas. Los regalos siempre aparecían bajo el árbol, como debe ser. A mí nunca me ha hecho especial ilusión. Hace muchos años que Santa Claus me cae mal.

Bueno, no me cae. Para ser sincera diré que me da miedito. Ese hombre barrigón, con ese saco... ¿qué meterá ahí? Regalos, no creo.

Pagamos al taxista y bajamos a la fría calle, que recorreremos todo lo rápido que nuestros tacones nos permiten sin caernos de forma bochornosa, las tres con los brazos entrelazados.

Una vez en el interior, me maravillo una vez más por la incesante banda sonora navideña y por la cantidad de luces titilantes de todos los colores que adornan todos y cada uno de los rincones del lugar. Los adornos navideños sí me gustan, me gusta colocar el árbol, adornarlo y poner en la parte superior un precioso corazón iluminado. Las estrellas pueden quedarse en el cielo.

Me llevan directamente a la zona de los bares, donde ya tenemos edad legal suficiente para entrar y bebernos unos cuantos cócteles.

Empezamos con unos chupitos de tequila. Sí, lo sé. Tequila a las ocho de la noche y sin haber cenado no es buena idea, peeeero... hoy es un día diferente.

Después del tequila, Olivia se encarga de pedirle al camarero unos combinados que prefiero no saber lo que llevan, es mejor así.

Igual que las hamburguesas, si te la comes y te gusta, ¿para qué saber de qué está hecha? Ojos que no ven...estómago que no vomita.

—¿Os acordáis de aquel día en quinto curso cuando la directora pilló a Mary y a su propio hijo besándose? —pregunto.

Olivia casi escupe lo que tiene en la boca al recordarlo.

—¿Cómo olvidarlo? el pobrecillo intentaba darme un beso con lengua, pero estaba fuera de sitio.

—Te lamió toda la cara, haciendo círculos con la lengua, mientras tú mantenías los morritos hacia la puerta, por la que entró la directora. — Recuerda Olivia. — Menos mal que después aprendió a besar.

Bebe de su combinado y asiente lentamente con la cabeza, mirando al infinito.

—¿Te enrollaste con Bruce, alias *lenguatón*?

—Con dieciséis y con veinte. —Asiente de nuevo muy satisfecha de sí misma.

—Ya ves, Val. Yo me llevé la lamida de cara y ella se la llevó en otro sitio.

Rompemos las tres a reír desencajadas. Estos cócteles son los mejores que he tomado en mucho tiempo. ¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin ellas? Todavía no me creo que estoy aquí.

—Oh sí, por aquellos entonces ya sabía utilizar la lengua en el lugar adecuado y en el momento justo.

—Para ya. Aquellos tres chicos de allí detrás no nos quitan la vista de encima. Valerie... —Mary me mira esperando a que me gire para verlos.

—Oh no, esta noche no. Ya tendremos tiempo otro fin de semana.

—Nenita, necesitas un buen polvo, rápido y sin compromiso. Tienes que olvidarte de Brad.

—No pienso en Brad, no de esa forma. Solo pienso en los tres años que estuve con él, sin sexo, solo porque él quería llegar virgen al matrimonio... y al final no habrá ni matrimonio ni sexo.

—Entonces, ¿quién te lo impide? —me instan ambas.

—Tengo la regla. Pero la próxima vez que salgamos, van a temblar todos.

—Por Valerie y su futuro polvo. —Proclama Olivia.

—Por Valerie. —Se une Mary.

—Por nosotras y nuestros futuros polvos. —Digo yo alzando mi copa, consiguiendo no derramarla al chocarla con las de ellas.

Seguimos riendo mientras nos acabamos el delicioso cóctel. Hoy no podemos beber más, por lo menos no sin cenar antes.

Salimos del bar y vamos paseando por el centro comercial, hacia la zona de restauración. Cuando estamos llegando al final de pasillo, donde se forma una plaza interior, lugar en el que está colocado el gran árbol navideño, vemos una larga fila de mujeres con niños y niñas. Madres con sus hijos e hijas. ¿Qué estarán esperando?

—Mira, Valerie, quizá deberíamos parar y pedir nuestros deseos a Santa Claus. —Sugiere Mary muy segura de lo que dice.

—No. De ninguna manera. —Me niego.

—Vamos, es tu primera noche aquí. Tenemos que hacer alguna locura, algo divertido.

—Ya estamos haciendo cosas divertidas. —Me quejo haciendo un puchero con los labios.

Me pican los ojos por el alcohol, intento apartar las gafas que no llevo antes de frotar levemente el párpado superior. No me acostumbro a no llevarlas.

Estoy bastante tocadilla por los chupitos de tequila y la copa, todavía me arde la garganta por el trago y mi estómago reclama que le dé algo sólido.

—Vamos, por fa. ¡Mira! Ahí hay papel y bolígrafo para escribir tu carta. Vamos Valerie, tienes que hacerlo.

—No. Me niego en rotundo. Sabéis que me da miedo.

—¿Todavía? no puede ser cierto. Es un hombre disfrazado, ¿lo sabes, no?

—¡Shhhhh! —se queja la señora que hay delante de nosotras en la fila, acompañada de un pequeño de no más de cinco años, al que tapa sus tiernas orejas con sus manos.

Ahora hablan entre ellas dos en susurros. Y Olivia salta dando palmaditas como una foca divertida. Están tramando algo y no me gusta nada. Tanto tiempo sin verlas y ahora se alían en mi contra.

—Toma —Mary me ofrece una bonita carta navideña y un bo-lígrafo—. Si no lo haces, tendrás siete años de mala suerte y nada de sexo.

Están locas como una cabra, y su poder de contagio es inabable.

—Está bien. —Acepto de mala gana, dirigiéndome al pequeño mostrador para escribirle mi carta a este odioso Santa Claus.

Se va a enterar, a ver si es capaz de traerme mis regalos.

Voy escribiendo todo lo bien que mi pequeña borrachera me permite y firmo con una floritura, donde también le indico mi número de teléfono.

La fila de madres y niños va avanzando, ya casi puedo ver al odioso hombre barrigón, de cara blanca y larga barba peluda. Mejor no lo pienso porque me dan escalofríos.

Tengo ganas de hacer pis y me duelen los pies por estar tanto rato aquí paradas de pie esperando para ver al dichoso hombre aterrador. Los villancicos ya no me parecen tan agradables ni entrañables y el olor que llega de la zona de restauración no hace más que aumentar mis ganas de comerme algo grasiento. No pienso volver a emborracharme nunca más. Esta es la primera vez y creo que no es lo que yo esperaba.

Aunque por algún extraño motivo me siento más confiada y atrevida.

Entiéndase por *extraño motivo*, el alcohol que ahora mismo recorre mis venas.

—En serio, chicas... hoy va a tener más miedo él que yo. Puedo con él. —Digo más para convencerme a mí misma que porque realmente me lo crea.

Diez minutos más tarde, estamos todavía con nuestras bromas, intentando no caernos, cuando una mano enguantada que pertenece a una elfo me toca el hombro.

—¡Ay! —me asusto.

Es la ayudante de Santa Claus.

—Es su turno, ¿va a subir —pregunta con cara de cansancio.

Me giro una vez más hacia mis dos mejores amigas y ambas me dan el ánimo que necesito. Tengo que subir tres escalones para llegar al gran trono donde está. Él. El horrible hombre del saco rojo.

Por fin, después de más de media hora esperando, haciendo tonterías, riéndonos de todo, y temiendo este momento, tengo delante a Santa. Miro hacia atrás por si todavía queda algún pequeño esperando para darle su carta a Santa, pero no. Nosotras somos las últimas de la fila.

Sostengo la carta en mis manos temblorosas. Valerie, eres una mujer adulta, no puedes tenerle miedo a este pobre hombre disfrazado.

Pero se lo tengo.

Prefiero no mirarle a la cara, así que subo los escalones engalanados con una cutre alfombra roja. Uno, dos... y tropiezo dando un traspies y acabo cayendo sobre su regazo. En un segundo, alarga su brazo y me sostiene por la cintura, evitando que caiga estrepitosamente sobre todo el decorado lleno de cajas envueltas como falsos regalos.

El vestido se me arruga más arriba de donde debería y mis piernas están colocadas de forma que parece que tengo alguna malformación en ellas.

Intento levantarme de su regazo pero su mano en mi cintura me lo impide. Sus dedos se clavan en mi carne y esa sensación consigue acalorarme.

—Después de todo el rato que llevas esperando, no vas a irte ahora sin darme tu carta de deseos, ¿verdad?

Santa tiene una voz muy... ¿masculina? Claro, Valerie, es un hombre, no va a tener voz de soprano.

No. Tiene una voz que hace que mi piel hormiguee.

Sí. Eso es lo que quería decir.

Miro hacia las chicas, y ambas están tapándose la boca. Boca que tienen abierta como si fuera el mayor de los bostezos. Y sus ojos se fijan en algo que yo todavía no he visto.

La ayudante de Santa está sentada en una silla plegable y mira su reloj, soy la última *niña* que viene a entregar su carta a Santa Claus y está claro que tiene ganas de acabar con su pesada jornada laboral.

Cuando levanto la cara para enfrentarme a este hombre terrorífico, barrigón, con un saco enorme, una barba horrorosa, y de voz masculina y *conseguidora de hormigueos*, lo primero que veo son unos ojos hipnotizadores que me dejan sin aliento.

Son verdes.

Yo los tengo verdes. Pero su verde hace que los míos parezcan del color de la caca de un animal salvaje.

Sí.

Son los ojos más bonitos que he visto jamás.

Y así de tan cerca.

No alcanzo a ver ni sus cejas pintadas de blanco, ni su cara pintada del mismo color. Ni esa horrible barba de mentira. Tampoco noto su barrigota.

Solo lo duro que está el cuádriceps sobre el que estoy sentada, medio despatarrada, con el vestido remangado a medio muslo, y mi carta de deseos...sí, todavía está en mi mano, temblando para dársela.

La risa se me borra de repente y la voz estridente de la ayudante me recuerda que tengo que darle la carta de una vez, y que deje de hacer la gilipollas.